

Dios en el cielo, siquiera fuese el Dios de Voltaire; un soberano en el trono o en el sillón, siquiera sea un rey constitucional o un presidente de República; "un cerdo en el engorradadero" según la feliz expresión de uno de ellos; un patrono en cada fábrica o taller, un decano en cada corporación, un marido, un padre con gruesa voz en cada familia. Pero de día en día los prejuicios se disipan y el prestigio de los jefes disminuye. Contra la corriente actual, que consiste en hacer alarde de creer, aun cuando no se cree en nada, y a pesar de los académicos y profesores de la Normal que deben su dignidad al fingimiento, al disimulo de sus ideas, la fe desaparece; y a pesar también de los siglos de la cruz y de las parodias místicas, la creencia del Eterno Rey, de donde se derivan todos los jefes mortales, se disipa como el sueño de una noche. Los que han visitado Inglaterra y los Estados Unidos en veinte años de intervalo, se extrañan de la prodigiosa transformación que se ha realizado en los espíritus desde este punto de vista. Se había visto a muchos hombres fanáticos, intolerantes, feroces en sus creencias políticas, y se ve hoy en aquellos mismos, gentes con inteligencia abierta a todas las ideas libres, amplio criterio y corazón generoso. Ya no se mueven impelidos por la alucinación de un Dios vengador.

La disminución del respeto es, en la práctica de la vida, el resultado más importante de esta evolución de las ideas. Preguntad a los sacerdotes de cualquier religión por la causa de sus amarguras y os contestarán, sencillamente, que ya nadie les consulta para nada y que su opinión no influye ni siquiera en la decisión de

los creyentes. Y los grandes personajes, ¿de qué se quejan? Pues de que se les trata como a los demás hombres: ya no se les cede el paso; ya nadie les saluda sino como amigos o como iguales. Cuando se obedece a los representantes de la autoridad, porque el ganapán lo exige, y por los signos exteriores de respeto, todo el mundo sabe lo que valen sus jefes, los propios subordinados son los primeros que les ponen en ridículo. No se pasa una semana sin que ciertos jueces, con toda su investidura de seres omniscientes, no se vean "insultados" y vapuleados por sus víctimas en el sitio mismo de su inviolabilidad. Desde el banco de los acusados se han lanzado a la cara del presidente del tribunal, más de una vez, zapatos y otros objetos. Pues, ¿y los generales? A todos ellos, quien más quien menos, los hemos visto en pleno ejercicio de sus funciones, dándose importancia, hinchados, solemnes, pero rodeados de más odio que de respeto.

Es cierto. El respeto desaparece, no el justo respeto que une a los hombres rectos, abnegados y trabajadores entre sí, sino ese respeto bajo y vergonzoso que sigue a la riqueza o a la función; ese respeto de esclavo que lleva a la multitud de imbeciles a presenciar el paso de un rey y que cambia la figura de los caballos y del lacayo de un gran personaje en objetos de admiración. Y no sólo el respeto desaparece, sino que los mismos que pretenden merecer la consideración de todo el mundo son los primeros en comprometer, a los ojos de la generalidad, sus pretendidas condiciones de seres superiores. En otros tiempos, los soberanos del Asia conocían el arte de hacerse adorar. Sus palacios só-

**Historia de la Revolución Francesa - Las Sectas
y las Sociedades Secretas a través de la Historia**
Están a la venta en la **LIBRERIA FALCO**